

**- Reseñas -**



James Law, Sheena Reilly y Cristina McKean (eds.). *Language Development: Individual Differences in a Social Context*. Cambridge University Press, Cambridge, New York; 2022; 563 pp.

CLARA RAMOS GARÍN  
Universidad de Guadalajara  
clara.ramos@academicos.udg.mx

dentro de las múltiples y variadas opciones de publicaciones que existen en torno al interesante fenómeno de la adquisición y desarrollo de la lengua, el presente texto emerge como una respuesta original e innovadora que ofrece, a las personas interesadas en áreas como la lingüística, la psicolingüística y la educación, una serie de investigaciones recopiladas y editadas por Law, Reilly y McKean, bajo una perspectiva teórica actual que se utiliza mucho pero que pocos autores definen claramente: el interaccionismo.

La principal riqueza del manual editado bajo el sello de Cambridge es justamente el hilo conductor que sus editores quisieron darle a todo el volumen y sus secciones, el cual destaca el importante papel que desempeña el contexto social en el complejo proceso de evolución lingüística de los niños en etapas tempranas y años escolares (0 a 13 años), y la forma como dicho contexto, que, sin duda, es particular y multifacético, configura realidades específicas en las que los pequeños adquieren y especializan su lengua.

Otra característica de este libro es el énfasis que todos los artículos que lo componen colocan en un aspecto que todo investigador de esta área de la ciencia conoce pero no siempre dimensiona: las diferencias individuales de los niños, que dan al desarrollo su carácter discontinuo, a la vez que vuelven al estudio de estos procesos un campo de la ciencia tan maravilloso como complejo.

Bajo dicho enfoque teórico, Law, Reilly y McKean presentan su introducción y primer capítulo titulado del mismo modo que el libro, el enfoque común que guiará su obra, el cual definen como interaccionista y bioecológico, porque también consideran la influencia de factores cognitivos, hereditarios y psicológicos en la evolución de la lengua infantil.

El segundo capítulo, también agrupado en la parte de introducción, está a cargo de Erika Hoff, Anders Højen y Dorthé Bleses, y se dedica a delimitar el concepto de “Con-

texto social”, tan difícil de definir para los estudios evolutivos. Este trabajo muestra dicho término como variable trascendente para investigaciones de desarrollo de la lengua, y presenta una serie de datos en torno a los nuevos métodos cuantitativos y cualitativos de estudios de adquisición en entornos de migración, y la influencia del input paterno en contextos bilingües.

Tras los dos capítulos introductorios, este libro se compone de tres partes con investigaciones individuales. La primera parte se titula “Factores que influyen en el desarrollo de la lengua”, cuya finalidad es presentar trabajos que exploran el enfoque interaccionista presentado, en el que aspectos cognitivos, biológicos y socioculturales confluyen de diversas maneras en el desarrollo lingüístico.

En el capítulo 3, “Estudios genéticos en trastornos de lenguaje”, Hayley Mountford, Ruth Braden, Angela Morgan y Dianne Newbury realizan una crítica a los enfoques adoptados hasta la fecha en torno a los factores filogenéticos por la falta de claridad en la asociación de dicho ámbito y el lingüístico, para señalar que muchas de las variantes comunes a los trastornos del lenguaje pueden superponerse con otros trastornos del neurodesarrollo y su espectro, incluida la discapacidad intelectual.

Por su parte, Peter Carew y Tracy Flynn nos muestran en el capítulo 4, titulado “Escucha y lenguaje”, la delicada relación entre producción y comprensión de la lengua. Destacan el importante papel que desempeña en este proceso la habilidad de escuchar; además, señalan las dificultades contextuales anexas que tienen para el proceso de adquisición los pequeños con trastornos asociados a la hipoacusia.

En el capítulo 5, “Coocurrencia entre trastornos de lenguaje y condiciones comunes en la infancia”, Emma Sciberras, Amanda Brignell y Katy Mueller destacan una serie de traslapes entre diversos trastornos que poseen comorbilidad con el desarrollo de la lengua, como el autismo y el trastorno por déficit de atención e hiperactividad, y critican la manera como los servicios de salud y educativos fallan en brindar atención más efectiva a los niños con estas dificultades.

De especial utilidad para las personas interesadas en la teoría interaccionista es el capítulo 6, “Lenguaje y cognición”, escrito por Sabine Weine, que da algunos indicios de la forma como el desarrollo cognitivo-cerebral, en específico el procesamiento de la información lingüística, la memoria y la percepción, inciden en las habilidades infantiles para aprender y especializar la lengua.

A partir del capítulo 7 terminan los factores genético-cognitivos como tema de la sección 1, y los editores comienzan a presentar las investigaciones que tratan sobre el papel del entorno en el desarrollo de la lengua. Elizabeth D. Peña, Lisa M. Bedore, Julio Torres y Yenda Prado inician esta sección con el texto “Creciendo en comunidades multilingües”, en el que conectan factores como el nivel de estudios de los padres y la exposición del niño a la lengua escrita en este complejo proceso de bi y multilingüismo, ejemplificando con casos de pequeños provenientes de entornos migrantes de Estados Unidos y la manera como crecer en estos ambientes de input enriquecido incide en el aprovechamiento académico de los niños.

En el capítulo 8, “Interacción padres-hijos y su impacto en el desarrollo del lenguaje”, Penny Levickis, Laura Conway, Jodie Smith y Shannon Bennetts exponen el tema del input

adulto y su influencia en la evolución lingüística infantil, y se adentran en el complicado tema de calidad *versus* cantidad, que puede perfilar la habilidad de los niños para adquirir y desarrollar su lengua en relación con la interacción y respuesta de sus padres.

En el capítulo 9, “Competencias cognitiva y señales de riesgo”, los autores Kirsten Asmussen, Jenna Charlton y James Law parten del principio de que los niños no aprenden “lenguaje solamente” en su proceso de desarrollo, sino que al mismo tiempo usan su conocimiento lingüístico como base para desarrollar otras habilidades cognitivas, como la teoría de la mente, las matemáticas y la conciencia fonológica.

Para terminar esta sección, en el capítulo 10, denominado “Creando oportunidades equitativas para el desarrollo de la lengua y la literacidad en la niñez y adolescencia”, Catherine L. Taylor, Daniel Christensen y Stephen R. Zubrick abordan la forma en que factores sociales de desigualdad se constituyen en situaciones de riesgo para la adquisición y especialización de la lengua oral y escrita en niños hasta los 8 años de edad, añadiendo además a su estudio una reflexión en torno al impacto de las políticas públicas en esta área del desarrollo tan trascendental para el éxito social de un individuo.

A lo largo de la segunda parte de este libro, titulada “Continuidad y cambio”, los editores nos explican que la clave para entender el desarrollo, desde esta visión interaccionista, es comprender que las capacidades lingüísticas infantiles se modifican a lo largo del tiempo y que dichos cambios son naturales y esperables. Bajo esta perspectiva emerge el capítulo 11, “Trayectorias lingüísticas en la infancia: la naturaleza y directrices de las diferencias individuales y sus implicaciones para la intervención”, escrito por Cristina McKean, Fiona Mensah y Sheena Reilly, quienes parten de la premisa de que no todos los pequeños desarrollan habilidades lingüísticas óptimas ni al mismo tiempo, y demuestran la importancia de la intervención temprana en la detección y tratamiento de niños con dificultades en la adquisición de la lengua.

De la autoría de Rebecca M. Armstrong y James G. Scott aparece el siguiente apartado, “Patrones de desarrollo lingüístico desde la infancia hasta la edad adulta asociados a logros psicosociales a largo plazo”, que se concentra en explicar que los rezagos en la adquisición de la lengua son procesos normales en el curso del desarrollo, y que, sin una intervención a tiempo, conllevan repercusiones a largo plazo en las habilidades cognitivas (alfabetización y matemáticas) y socioemocionales de los pequeños.

Relativo al capítulo 13, “Desigualdades sociales en el vocabulario y el rol de la lectura”, Alice Sullivan, Vanessa Moulton, Matthew Brown y Emla Fitzsimons examinan la integración y ampliación del vocabulario de niños ingleses de 5 a 14 años, y relacionan estas habilidades con el rol que tiene la lectura recreativa en los ambientes familiares donde la clase social de procedencia se vuelve una variable de peso en los resultados encontrados en su estudio.

La segunda parte finaliza con la investigación titulada “Predictores y logros en el desarrollo del lenguaje de los niños a lo largo de la infancia”, de Elizabeth Westrupp, Maggie Yu, Jan Nicholson y Donna Berthelsen. Este artículo muestra resultados de varios estudios con niños australianos en que se señala cómo las habilidades lingüísticas pueden facilitar la adquisición de la lengua escrita y el futuro éxito académico, así como contribuir al desarrollo de habilidades socioemocionales.

Finalmente, en la última parte de este manual llamada “Impacto, intervención y equidad”, los editores condensan las consecuencias que tienen los trastornos lingüísticos en la vida de los niños. Inicia este apartado con el capítulo 15, “Comunicación, participación y estudios de cohorte”, donde Sharynne McLeod, Jane McCormack y Helen L. Blak exploran con estudios estadísticos el impacto que tiene la lengua en la cotidianidad de los niños con y sin trastornos de adquisición de la lengua, y realizan una comparación del impacto a futuro de ambos grupos de edad en cuanto a habilidades comunicativas.

Dentro de la misma idea, el capítulo 16, “Capturando la voz de los padres y niños: el potencial del impacto del diseño e implementación de la investigación y los servicios”, Sue Roulstone y Rena Lyons argumentan que, mientras más involucren los padres al niño en la comunicación cotidiana, hay más posibilidades de que éste sortee situaciones de rezago lingüístico de forma positiva.

“Habilidades de lenguaje oral como bases para aprender a aprender”, de Patricia Eadie, revaloriza la motivación y estímulo de las habilidades comunicativas orales desde la infancia temprana como un predictor favorable del desarrollo de otras capacidades, como las socioemocionales y la literacidad, agregando además un apartado muy innovador sobre la importancia de la formación docente en este tipo de conocimiento lingüístico y evolutivo para intervenir adecuadamente en dichos procesos desde el sistema educativo.

Por su parte, Ha Le, Fiona Mensah, Patricia Eadie, Sheena Reilly y Lisa Gold emplean el siguiente capítulo, “El impacto económico en el bajo desarrollo lingüístico”, para argumentar con datos estadísticos sobre el rol que desempeña en este proceso el nivel socioeconómico de la familia, que, si bien no es determinante, sí emerge como muy significativo como predictor de un proceso evolutivo exitoso o con dificultades.

En el capítulo 19, “Una revisión a la intervención para promover el desarrollo del lenguaje en etapas tempranas”, Penny Levickis Pooja Patel, Cristina McKean, Jodie Smith, Naomi Hackworth, James Law, Elizabeth Westrupp y Sheena Reilly estudian a niños de 0 a 3 años y sus familias para demostrar que las interacciones parentales receptivas tienen un impacto muy positivo en el desarrollo lingüístico de los niños.

Algo semejante plantean Jame Law y Jenna Charlton en el capítulo 20, “Intervención y promoción del desarrollo lingüístico en poblaciones típicas y atípicas”, quienes modifican la población de su muestra incluyendo a pequeños con trastornos de adquisición de su lengua, pero también concluyen que las interacciones comunicativas intencionadas de padres con hijos mejoran considerablemente las habilidades lingüísticas de los niños con y sin dificultades en su proceso evolutivo.

El capítulo 21, “El efecto del jardín de niños y las políticas instruccionales en las brechas de rendimiento de lectura y matemáticas”, Jane Waldfogel y Yi Wang demuestran con datos longitudinales cómo los niños estadounidenses en edad escolar que cursan preescolar tienen más posibilidades de éxito académico futuro, relacionando además el nivel socioeconómico de los padres con la elección de que sus hijos asistan a la escuela en edades tempranas.

Laura M. Justice y Sonia Q. Cabell, en el capítulo 22, “Intervenciones educativas como orientadoras del desarrollo lingüístico”, destacan la importancia que tiene para los

docentes estimular el desarrollo intencionado de habilidades comunicativas desde pre-escolar como importante predictor de desarrollo futuro y su continuidad en los primeros años de primaria para fortalecer las habilidades de comprensión lectora.

Finalmente, el capítulo 23, que cierra este manual, se titula “Equidad y acceso a servicios para niños con dificultades de lenguaje”, y en él Sheena Reilly, James Law, Maya Conway y Michelle Krahe realizan una crítica en torno a la desigualdad de acceso a servicios públicos de atención y salud para niños con trastornos lingüísticos, en donde intervienen factores económicos, políticos y sociales que determinan mediciones de bienestar y salud pública muy importantes para garantizar una atención adecuada a esta población y prevenir futuros riesgos.

En suma, Law, Reilly y McKean hacen un excelente trabajo en la edición y recopilación de los artículos que componen el presente volumen, y nos ofrecen un panorama actualizado de los estudios de adquisición y desarrollo de la lengua, bajo el leitmotiv del interaccionismo, una propuesta teórica que aún tiene mucho que aportar en esta importante esfera del desarrollo lingüístico infantil, y, seguramente, dada su pertinencia y relevancia, será el texto de cabecera y punto de partida de futuras investigaciones.

